1. La llegada a la Tierra

He pensado mucho en cómo empezar a narrar la manera en que mi vida dio un giro de ciento ochenta grados, y me he dado cuenta de que no importa en qué momento del pasado lejano empiece a hacerlo, siempre me visualizo con una copa en la mano. No con eso quiero decir que tuviera un problema; para empezar, dada mi biología alterada, el alcohol no merma mis facultades neuronales, y desperdiciar mi sueldo vitalicio del ejército tampoco suponía un problema económico grave. Es más la sensación de vacío que sé que me atormentaba; solo, apartado del servicio, a todas luces molesto e innecesario. Serví a mi raza con honor y valentía, llevé a cabo un par de importantes misiones que recordarían mis leales años de servicio y fin de la historia. A esa clase de sensación me refiero. La sensación de saber que tu tiempo ya ha pasado. Que no puedes hacer más que seguir apurando el vaso mientras ves a otros llevarse la gloria que en tu momento tuviste.

No me convertí en un desecho social, pero estuve muy cerca de serlo. Vagaba de un crucero espacial a otro, remolcado a la deriva, y acababa conociendo mejor la barra de los bares de cada nave que mi propia habitación, la cual a veces ni pisaba para dormir. Noches interminables hablando con desconocidos, de pie frente al cristal superblindado, viendo pasar los cazas de reconocimiento como brillos apagados pero claros, negro sobre negro en el inmenso cielo estrellado. Lamentando no ser yo quien fuera en uno de ellos.

Yo no era el único soldado al que le pasaba eso, claro. Lo que ocurre es que yo no había tenido más hogar que la Gran Fuerza Humana, el ejército de mi raza, orgulloso y poderoso entre los ejércitos del universo. No conocía nada más allá de eso, y de hecho, aun estando en reserva, una categoría más anecdótica que real —no se ha llamado a ningún reservista para que entre en combate desde hace casi un siglo— seguía sin conocerlo.

Pero un buen día todo cambió. Y como suele suceder en estos casos, lo hizo sin que yo me percatara de ello ni le diera ninguna importancia. Mi futuro se dirigía por caminos abiertos que nunca hubiera imaginado que llegaría a recorrer.

Estaba a bordo del Leneder-5, un crucero que viajaba hacia Neptuno en una ordinaria misión de reconocimiento. Había oído que hacía falta

mano de obra para las gaseominas de metano, un trabajo duro y bien remunerado. Yo no necesitaba ni quería el dinero, pero si no encontraba alguna clase de distracción, no tardaría en volverme loco de remate. Es terrible saber que eres prescindible cuando toda tu vida te han enseñado a tener una dura disciplina. Es por eso que la perspectiva de acarrear pesadas máquinas, respirar gases nocivos y trabajar hasta que estallasen los tendones resultaba en aquel momento lo más cercano al paraíso que podía encontrar.

Con la idea de que pronto obtendría un doble sueldo, no tardé en pulirme casi todo lo que tenía en bebida en la barra pública del crucero. Al contrario que en otros viajes, estaba vacía la mayor parte del tiempo, y es que los pasajeros que no pertenecían a la Gran Fuerza Humana pretendían buscar también empleo, y ellos no tenían la ventaja de ser inmunes a las borracheras. De modo que no hacía más que beber solo y escuchar el lejano murmullo del tecnopiano llenando la acústica reverberante de la sala, con las pupilas totalmente acostumbradas a las suaves luces ambientales y al eterno brillo de irreconocibles constelaciones.

Justo el día antes de que el crucero hiciera su escala en Neptuno, me sorprendí de ver a un oficial de la GFH disfrutando a solas de un aguijón, sentado en una mesa del fondo, lejos de la música de ambiente. No me hizo falta ser muy listo para darme cuenta de que estaba ahí por mí. Los oficiales nunca se mezclan con la chusma; tal vez en tiempos de guerra podía llegar a pasar lo contrario, pero desde hacía mucho se vivía una relativa paz, y la paz trae consigo jerarquías y olvida toda camaradería que en el pasado pudo haber. Para los héroes, los podios, y para la masa, el olvido. Y yo, por supuesto, pertenecía a la masa.

Decidí acelerar el proceso acercándome a su mesa, saludando con un gesto vago y sentándome con él. En aquel momento pensé en ofenderle de manera grave. Tal vez así, con un poco de suerte, me quitarían el sueldo y tendría que ganarme el pan por medio de los más deleznables trabajos del universo. Tal vez así volvería a vivir, a reinsertarme entre los desdichados sin hogar que malviven viajando de estrella en estrella.

Miré la guerrera de mi superior. Era azul y poseía una franja roja en el brazo derecho.

—Buenas noches, comandante —dije con cierto aplomo.

—Buenas noches, sargento Rex —dijo mirando mi cazadora, negra y con ocho franjas naranjas en el brazo derecho—. Celebro conocerle al fin. No todos los sargentos de la Gran Fuerza son merecedores de lucir un Distintivo. Puede que lo ignore, pero tan alto rango sólo le fue concedido a usted.

Yo, de hecho, no lo ignoraba. Tenía un conocido que trabajó un tiempo de secretario de un coronel, y gracias a él había oído hablar del Distintivo, casi un rumor entre los soldados. Los uniformes de la Gran Fuerza

Humana son azules con bandas rojas. El número de bandas indica la categoría de mando, pero, en ocasiones, como rasgo de honor, a ciertos mandos del ejército se les otorga el Distintivo, que es, sencillamente, un uniforme donde el color azul pasa a ser negro y las bandas rojas, naranjas. Tengo entendido que en el pasado un honor parecido consistía en llevar metal colgando del uniforme, lo que se llamaban «medallas».

Odio el metal. Cuanto más lejos, mejor.

Entre las muchas cosas de las que se encargaba mi amigo estaba la tramitación de los Distintivos, y me dijo extraoficialmente que mientras que se elaboraron numerosas peticiones para comandantes, coroneles y otros mandos, sólo se encargó un Distintivo para sargento. Eso, unido al hecho de que dejó su puesto nada más terminar la guerra contra los ferenios, me convenció de que era el único sargento de la Gran Fuerza Humana que poseía uno, pues no se otorgan Distintivos en épocas de relativa paz.

—Algo así suponía, señor —me limité a decir. En aquel momento me di cuenta de que el comandante estaba mirando fijamente mi mano izquierda. La aparté con un movimiento suave.

—Hijo, tengo que decirle que no todos los días conozco a alguien cuya entrega a la Gran Fuerza Humana le ha supuesto tantos sacrificios, más aún cuando usted fue uno de los primeros combatientes en los que se experimentó la sustitución masiva de partes del cuerpo dañadas por dispositivos electrónicos. ¿Qué porcentaje de su cuerpo es biónico?

—Aproximadamente un sesenta por ciento, señor —dije irguiendo el cuerpo. Aquella no iba a ser una simple conversación informal.

—No lo parece a simple vista, soldado.

—A simple vista sólo la mano es visible, señor. Otras partes biónicas del cuerpo son todo el resto del brazo izquierdo y la pierna derecha, además de varios órganos internos, como el bazo, y conjuntos de huesos como la columna vertebral.

—Es usted un soldado completo, por lo que veo. Y es por eso que ahora necesitamos de sus servicios.

Aquello, por sorprendente que pueda sonar, no me agradó, a pesar de ser lo que tanto tiempo llevaba esperando. En mi mente ya me visualizaba en una peligrosa e inestable nave unipersonal de extracción, esquivando escombros entre nubes azules y vaporosas, y la perspectiva del cambio, si bien podía devolverme a la vía militar, también podía apartarme de una relativa y segura, aunque incompleta, sensación de bienestar.

Pero aquello, por supuesto, no era negociable. Si la GFH me necesitaba, me usaría. Mi vida era para ellos un billete sin fecha de caducidad.

—Le ha sido asignada —prosiguió el comandante, sin esperar respuesta alguna por mi parte— una misión de seguimiento. Deberá acom-

pañar a una eminente xenoarqueóloga a una excavación. Su presencia allí es sumamente importante, ya que usted actuará en nombre de la Gran Fuerza Humana. Será nuestro representante.

—¿Por qué motivo es necesaria la Gran Fuerza Humana, señor? —pregunté con tranquilidad, sin tratar de parecer inquieto. A raíz de esta conversación los comandantes de la GFH podían parecer sujetos afables y pausados, pero mi experiencia personal me decía que no era así. En absoluto. Y en el fondo, lo comprendía. Cuanto más tiranos y despóticos resultaban, mayor era el rendimiento de sus subordinados, sobre todo si se trataba de una misión importante. Y en esta situación, en la que un comandante estaba hablando directamente con un sargento, la misión debía ser de máxima importancia. Tan importante que ni siquiera conocía —ni conocería— el nombre de mi interlocutor.

El comandante me miró como si estuviera a punto de darme una mala noticia.

—El motivo, sargento Rex, es la naturaleza especial de las circunstancias. La xenoarqueóloga en cuestión se llama Susan Spector. Es posible que haya oído hablar de ella.

—Poco más que el nombre —dije terminando de beber mi copa.

—El caso, sargento, es que lo que la mayor parte de la opinión pública desconoce es que Spector es, en realidad, un evo.

Miré fijamente al comandante, sin ira ni rencor. Era una mirada destinada a tratar de buscar en su rostro lo que sus palabras no decían.

—Señor, no estará hablando en serio.

—Mucho, soldado.

—Señor, usted sabe que los evos... me hicieron...

—Sí, soldado. Lo sé. De hecho es uno de los motivos por los que usted ha sido escogido. Somos conscientes de su participación en la guerra evohumana, y por eso queremos ofrecer una imagen de transparencia. Enviar a uno de nuestros veteranos en dicha contienda fortalecerá el proceso de paz entre ambas razas.

—Con el debido respeto, señor, no hay paz posible entre evos y humanos.

—Eso, soldado, no debe preocuparle ahora. Su única misión es vigilar a Spector e informarnos acerca de los progresos en su investigación. Spector posee una notable reputación como xenoarqueóloga, de modo que trate de ser discreto. Dada su condición de evo, a lo largo de los años ha estado en muchos planetas con condiciones ecológicas de lo más dispares, y se ha granjeado numerosas amistades bien escogidas. No queremos que tenga que recurrir a ninguna de esas amistades. Y una última cosa, soldado. Esta es una misión de simple seguimiento. Salvo que reciba órdenes directas de un mando superior, no está autorizado a entrar en combate en ningún momento. ¿Lo ha entendido?

—Entendido, señor —dije contrariado. Aquello era la confirmación definitiva de que iba a hacer de niñera diplomática. Yo, que de diplomacia sabía tanto como una piedra. Y para colmo de males, la criatura a cuidar pertenecía a la raza que más odiaba en todo el universo.

—Me alegra que lo entienda, sargento. Ya me dijeron que no tendría que explicarle nada dos veces.

—¿Cuándo empieza mi misión, comandante?

—Ya mismo —respondió con calma mientras miraba el vacío estrellado—. Spector se encuentra en esta misma nave.

Nada más acabar la copa y despedirme del comandante subí a mi camarote, me adecenté lo que pude —lo que incluía dejar de apestar a alcohol— y me dirigí al camarote de Spector, que según mi superior estaba dos plantas más arriba, cerca de la sala de controles del crucero. Sólo el hecho de que estuviera en semejante lugar ya resultaba extraño, debido a que dichas secciones de los cruceros solían ser de uso exclusivo de la GFH. Aquello dejaba abiertas dos posibilidades: o bien la GFH confiaba en Spector tanto como para considerarla uno de los suyos, o bien confiaba tan poco como para rodearla por completo de sus leales soldados rasos.

Avancé por los pasillos grisáceos y rugosos hasta encontrarme frente a su puerta. No tuve que llamar, pues la identificación ocular y facial no se hizo de rogar. Al momento la puerta se desvaneció y me dejó pasar, reapareciendo a mi paso. Nunca he logrado acostumbrarme a los sistemas domésticos de antimateria que los estariantir usan para comerciar con nosotros, aunque ellos tampoco han logrado acostumbrarse al uso de nuestra energía hidroeléctrica, ya que en su planeta no existían ríos de clase alguna, y la visión de un salto de agua, por muy artificial que sea, les resultaba y resulta perturbadora.

La habitación estaba ordenada y bastante más llena de lo que me había esperado teniendo en cuenta que estábamos en una nave de paso. Los estantes que nadie suele utilizar estaban ocupados hasta arriba por arcaicos libros de papel, muchos de ellos incluso amarilleados y escritos en un idioma que ni siquiera acertaba a comprender. Los verdaderos libros se limitaban a tres o cuatro holodiscos desconectados. Había también, en la única mesilla, varios aparatos cuya utilidad desconocía, pero no dudaba que eran de naturaleza evo, dada su estética maleable y retorcida. La puerta del baño estaba entreabierta, pero las circunstancias aconsejaban quedarse quieto y ni siquiera preguntar. No podía dejar de pensar que estaba en la habitación de un evo, de una de aquellas repugnantes criaturas. Mi incomodidad era más que notable. Me habían en-

señado a odiar a aquellos seres, a escupirlos nada más verlos, y ahora me decían que tenía que colaborar con uno de ellos.

Aún recuerdo la primera vez que me hablaron de los evos. Fue durante la guerra evohumana. Nos explicaron a grandes rasgos que la estructura genética de un evo, por llamarla de alguna forma, era tan adaptable que podían manifestar en cuestión de horas cambios evolutivos similares a los que nosotros mostraríamos en millones de años —de ahí el nombre que les dimos y por el que ellos se refieren a sí mismos en presencia de humanos—. Después de eso pasaron unas cuantas tridimágenes. La primera era una cosa púrpura que carecía de apéndices. De un vistazo traté de encontrar sus defectos y puntos débiles. Tras una ronda de preguntas destinada a poner a prueba nuestros conocimientos de exobiología llegamos a la conclusión de que aquella cosa podía respirar en ambientes nitrogenados e incluso sobrevivir algunos minutos en el vacío, gracias a su forma plástica que lo hacía soportar altas presiones.

—Ésta es otra tridimagen de un evo —dijo entonces el instructor. Cuando hubo aparecido, creímos que se había equivocado de tridimagen. Era un bicho amarillo alado con múltiples brazos insectoides y colmillos. El único parecido con el anterior era que su tamaño era similar. Como bien nos explicó el instructor, el aspecto de un evo puede variar tanto que son capaces de adoptar las biologías más extrañas.

Por ese motivo me quedé allí plantado, de pie, sin hacer nada más que esperar a que aquella cosa... saliera y se mostrara ante mí, sabiendo aun así que podría encontrármela en otras circunstancias y no ser capaz de reconocerla.

Nervioso, cogí un libro de la estantería y lo miré. No entendía aquel idioma, aunque los caracteres parecían ser iguales a los que se emplean en la actualidad.

—Es Orson Scott Card —dijo una voz desde donde no alcanzaba a ver—. No creo que haya oído hablar de él.

La puerta se abrió y, para mi sorpresa, una mujer, desnuda salvo por un extraño brazalete en su brazo izquierdo, salió del baño. Se movía sin ningún pudor, exactamente igual que si estuviera vestida, y sin dejar de observarme con una mirada neutra, empezó a ponerse la ropa. Era muy guapa, rubia con pelo corto, y tenía un ojo verde y otro azul. No se le pasó por alto, mientras se vestía, que me había fijado en ellos.

—Son mi Marca Fein —dijo terminando de vestirse. Su indumentaria era, en general, muy arcaica, parecida a como vestían los humanos en los primeros tiempos de la exploración espacial—. Me imagino que ya lo sabe, pero cuando se acabó la guerra evohumana y se llegó a un tratado entre ambas partes, una de las condiciones fue que todo evo

poseyera un atributo anómalo, que sería legalmente registrado y que nunca modificaría, para así no pasar fácilmente por otra raza. En mi caso escogí éste. —Se señaló los ojos.

Una cosa que no dijo fue que muchos evos protestaron por esta medida, que consideraban coartaba sus libertades como individuos. Me pregunté cuál sería su opinión al respecto, pero no tardé en olvidarlo. Para mí ella era una cosa, no un ser humano, por mucho que pareciera lo contrario con su cuerpo exuberante. Su actitud indiferente ante la desnudez y su lenguaje corporal directo y, en ocasiones, avasallador, confirmaban dicha percepción.

—¿Es usted Susan Spector? —pregunté tratando de parecer tan indiferente como ella.

—Sí, soy yo. Me avisaron de su llegada —dijo mientras me tendía la mano. Al principio me sentí extrañado, pero no tardé en reaccionar y se la estreché.

—¿He hecho algo mal al darle la mano? —preguntó sin más.

—No, nada en el hecho en sí. Es sólo que los de mi raza llevamos ropas para... ocultar ciertas partes de nuestro cuerpo.

—Se refiere a lo de antes. Disculpe si le he incomodado, lo que sé de sus costumbres se remonta a muchos siglos atrás, y a veces no sé si sigue vigente.

—Eso sí, se lo aseguro.

—Pero por lo que he leído, muchos humanos, en su intimidad con otro del sexo opuesto, no les importa...

—No es este caso —la interrumpí.

—Entiendo. Lo cierto es que ha venido a espiarme, pero me gustaría aprender de usted maneras de comportarme para parecer más uno de ustedes.

—¿Ha dicho que vengo a espiarla?

—Bueno, va a informar de todo lo que descubra, ¿no?

—Así es.

—Entonces sí, sólo que yo, digamos, consiento en que me espíen, pues era la única manera de que me dejaran proseguir con mis investigaciones.

—Mire, Spector...

—Llámeme Susan, Goran.

—¿Cómo sabe mi nombre? —No tardé en darme cuenta de lo estúpido de preguntar algo así.

—Ya le he dicho que sabía que vendría. Creo que entre humanos es costumbre usar los nombres para referirse unos a otros, corríjame si me equivoco.

—Usted no se llama Susan Spector. Además, ¿qué clase de nombre es Susan? No había oído un nombre tan raro en mi vida.

—En realidad decidí adoptarlo para mi forma humana. Es inglés, una lengua muerta. Espero que no le moleste.

—No, no me molesta. Es sólo que me resulta extraño.

Spector se quedó callada un rato. Hubo un momento en que me sentí incómodo. Incómodo porque aquel silencio me hizo considerar a un evo de manera inconsciente como un ser humano.

—Es curioso, pero es la primera vez que me encuentro a un humano y éste, al enterarse de que soy un evo, no me pregunta mi nombre real.

—No tengo interés en saberlo —respondí cortante—. Sin embargo, sí que deseo saber si mañana, por poner algún día, seguirá siendo humana o tendrá de repente pinta de reptiloide.

—Goran...

—Sargento Rex, si no le importa.

—Sargento Rex, veo que conoce el potencial de mi raza, pero lo que usted dice, sencillamente, no puede ocurrir. Nosotros sólo podemos manifestar un cambio por vez, y me imagino que sabe que nuestras evoluciones, aunque rápidas, no son instantáneas. Mi último trabajo ha sido en un planeta extremadamente caluroso y magmático, por lo que el aspecto que tenía, como puede suponer, no era muy parecido al de un ser humano. Me ha llevado casi tres meses evolucionar hasta ofrecer este aspecto externo, aunque desde que conseguí pulmones y ojos que detectaran su espectro he iniciado el viaje en este crucero. Y si bien ahora parezco humana, por dentro aún no lo soy.

Aquello me hizo, en cierto modo, tener miedo. Nunca había visto un evo con aspecto humano. Una vez escuché que durante la guerra evohumana, cuando aún se desconocía su potencial, hubo varios espías evos infiltrados en la GFH, pero de ser verdad nunca llegó a confirmarse. Supongo que para no hacer cundir la paranoia en los soldados.

—De modo que por dentro no es humana.

—No lo soy. No del todo, al menos.

—¿En qué sentido?

—Por poner un ejemplo, no necesito comer. Absorbo la energía de las ondas. De modo que no se incomode si no me ve comer nunca, no ocurre nada. Sin embargo, no puedo estar alejada mucho tiempo de la luz ni el sonido. Con el tiempo eso cambiará, por supuesto, sobre todo teniendo en cuenta nuestro destino.

—¿Adónde vamos? —pregunté sin más. En cierto modo, me agradaba no tener que decir constantemente «señor», y al mismo tiempo sabía que no obedecería órdenes de semejante ser.

—¿No se lo han dicho? —comentó sorprendida mientras ordenaba los holos—. Pensé que le habían puesto al tanto de mi investigación.

—Me dijeron que usted lo haría, aunque imagino que iremos a alguna de las primeras colonias espaciales abandonadas. Es lo que más atrae a la mayoría de los no humanos.

—En realidad vamos un poco más atrás, sargento Rex. No he adoptado aspecto humano por casualidad. Vamos a la Tierra.

Callé. De repente me di cuenta de que estaba metido en un buen lío.

—¿A la Tierra? —dije al fin—. ¿Qué interés tiene ese planeta ruinoso?

—Eso precisamente, sargento. Ruinas. Permítame decirle que he estudiado muchas, muchísimas razas en mi profesión, pero ninguna me ha producido tanto placer intelectual como la suya, hasta el punto de hacerme experta en su pasado. Tal es mi amor por su cultura, que como imagen pública he escogido esta imagen que ve, Susan Spector. Mucha gente, de hecho, cree que soy en verdad humana.

—Yo lo creería —dije contrariado.

Spector me miró. No supe descifrar el motivo de la mirada, pero había en ella una mezcla de lástima e incomprensión que no me gustó. Sentí deseos de contraatacar, de convencerme a mí mismo de que no necesitaba compasión de aquella cosa.

—¿Cuál es su aspecto original? —dije con aparente inocencia.

—Nosotros —dijo, y de repente fue ella la que pareció débil y vulnerable— no poseemos aspecto original. Ese es el precio de ser un evo. No poseemos unidad racial. Los evos se dispersan cada vez más y no son capaces de mantener un orden común. En realidad, nuestro planeta está en su mayor parte abandonado. No somos una amenaza, sargento Rex. Los pueblos nunca son una amenaza. Sólo sus dirigentes lo son.

Me sentí mal. Como si hubiera hecho daño a una mujer hermosa. Dos partes de mi cerebro empezaron a luchar entre ellas. Finalmente, al menos de momento, ganó aquella que decía que no pensaría lo mismo si tuviera el aspecto de alguna de las tridimágenes que nos enseñó el instructor militar.

Pero no tardé mucho en preguntarme por primera vez, y no por última, si el instructor no habría escogido aquellas tridimágenes justo para que sintiéramos asco hacia los evos.

—¿Cuándo partimos? —dije tratando de devolver la conversación a un cauce más formal.

—El Leneder-5 pasará cerca de la Tierra. He comprado un biplaza para viajes interplanetarios que nos dejará en la Tierra en pocas horas.

—¿Y qué hay de su equipo?

—La Gran Fuerza Humana no me ha autorizado más que a llevar a la Tierra lo que quepa en el vehículo. En cuanto a otras personas, yo suelo trabajar sola. Debido a mi capacidad para adaptarme a distintos

ambientes, no puedo permitirme el lujo de disponer de más ayuda que la que pueda encontrar en el propio planeta que visite.

—Esto es distinto para usted, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso?

—Usted no sólo quiere estudiar a los humanos, quiere parecerse a ellos.

—No quiero parecerme a los humanos, sargento Rex. Los evos ya nos parecemos a ellos. Creo que nuestras respectivas razas están condenadas a entenderse, y pienso demostrarlo. Si ayudar a desentrañar misterios de su arqueología puede ayudar, me sentiré satisfecha. Pero quiero que sepa que no albergo oscuras intenciones. Amo mi trabajo, la sensación de analizar el pasado, de desenterrar maravillas escondidas, de penetrar en lugares increíbles que han resistido, no siglos, milenios... es lo único que me mueve para actuar de esta manera. Y por ese motivo lo daría todo. Del mismo modo... —miró mi mano biónica— del mismo modo en que usted lo daría todo por aquello en lo que cree.

—Comprendo —dije con indiferencia—. Entonces...

—Dentro de unas cuantas horas saldremos. Si tiene amistades a bordo, aproveche para despedirse de ellas. He dejado un hueco en el biplaza para sus cosas.

—No llevo más que una muda, mi interporte y algunas botellas. Lo bajaré ahora mismo. La ayudaré a bajar todo esto si lo desea.

—No se preocupe —dijo señalando su brazalete con una sonrisa. Aquella fue la primera vez que la vi sonreír—, van conmigo. He donado todo esto al Museo de xenoliteratura, así que si alguna vez necesitamos consultarlo, tenemos acceso a ello. De todos modos no debe preocuparse, sargento Rex. No estaremos mucho tiempo en la Tierra. Lo justo para verificar un hallazgo arqueológico reciente; luego nos iremos y podrá volver a su trabajo de soldado.

—Supongo que podrán prescindir de mí por unos días —dije volviéndome hacia la salida y esperando la identificación facial y ocular.

Como Spector había dicho, apenas tardamos unas horas en subir a bordo de su biplaza y poner rumbo a la Tierra. El biplaza —cuyo nombre técnico era «vehículo biplaza para incursiones no militares y uso antropoide»— era un vehículo bastante cómodo y rápido desde el cual se tenía una magnífica vista del espacio y sus singularidades, mucho mejor que pegar la nariz a las paredes de la lata de conserva que es un crucero. Nunca había montado en un biplaza. Jamás había tenido suficiente dinero para permitirme uno, ni tampoco había conocido a nadie que lo tuviera, de modo que me comporté como un paleto de más allá del Núcleo mirando a todos lados con gesto de admiración.

El espacio. Hacía mucho, muchísimo que no lo veía tan de cerca, no al menos desde la guerra evohumana. Aquella parte del universo, además, me resultaba especialmente desconocida, por mucho que fuera el origen de los de mi raza. A Spector, sin embargo, no le pasaba lo mismo.

—Aquello de allí —dijo señalando a la estrella más cercana a nuestra posición, sin perder el rumbo— es el Sol. Así lo llamaban los terrestres, que incluso llegaron a pensar que era única en su categoría.

—Entiendo —dije fingiendo que no me interesaba. Aún no estaba acostumbrado a hablar con un evo cara a cara.

—El satélite muerto que acabamos de sobrepasar es la Luna. Fue el primer cuerpo celeste que el ser humano pisó al salir de su propio planeta.

—No lo entiendo, no tiene ningún interés estratégico ni científico. Es sólo un trozo de roca muerta.

—Ellos no lo veían así. Para ellos era la representación de un sueño. Era un trozo de roca muerta, sí, pero era un símbolo, un símbolo de que si llegaban hasta allí, serían capaces de hacerlo más lejos.

—¿Y por qué no fueron a aquel otro planeta? —dije señalando a un cuerpo rojizo que estaba muy cerca.

—No tenían capacidad para hacerlo por aquel entonces. Pero también llegaron a él con el tiempo. Incluso se establecieron allí de manera permanente.

—Ahora mismo parece abandonado, como si hubiera habido una guerra... —No pude evitar mirar a Spector cuando pronuncié la palabra «guerra». No pareció reaccionar, pero como ella misma me había advertido, su lenguaje corporal aún era muy deficiente.

—¿Una guerra? Tal vez, es una de las teorías que se barajan. El caso es que, a día de hoy, se ignora por completo qué pudo suceder en dicho planeta. Por ignorarse, incluso se ignora su nombre.

—¿Qué cree usted?

—¿Yo? Creo que intentaron crear una segunda Tierra, y al fin, cuando el viaje espacial estuvo desarrollado, se liberaron de las ataduras de vivir en un solo mundo y salieron a explorar el universo. Perdieron interés en él, no más. Y el tiempo, posiblemente, hizo el resto. Pero son sólo suposiciones, vaguedades extraídas de holos y tridimágenes. Como no he estado nunca en su superficie, no me atrevo a pronunciarme.

El biplaza continuó su rumbo y rodeó la Tierra hasta que llegó un momento en que se desplazó en línea recta, supongo que porque Spector encontró al fin el lugar donde debíamos aterrizar, aunque, algunas veces, tuvo que esquivar escombros espaciales, maquinarias viejísimas que no había visto nunca antes.

—¿Por qué no los destruye? Pensaba que los biplaza tenían un rayo que desintegraba pequeños asteroides como medida de precaución.

—Y lo tiene, pero eso no es basura espacial cualquiera, son restos xenoarqueológicos. Son los restos de satélites artificiales que se usaban para propagar ondas de radio y sonido o tomar imágenes de la Tierra o el espacio exterior. Se han llegado a encontrar incluso primitivos telescopios y aparatos de triangulación.

—Pues pueden quitarse de aquí para ser estudiados.

—En xenoarqueología hay una regla básica: si no sabes cómo funciona, no lo toques. La tecnología de estos satélites es tan arcaica que se cree que ni siquiera sabían desplazarse a velocidades iguales o superiores a la de la mitad de la luz. Ahora mismo hay especialistas encargados de estudiar estos satélites.

Al fin nos libramos de la capa orbitante de escoria y pudimos ver la superficie terrestre en todo su esplendor. Era un planeta con mucha agua, tres cuartas partes según me había dicho Spector, haciendo que uno se preguntara por qué sus habitantes lo habían llamado Tierra. Grandes nubes se desplazaban de un lado para otro, y a medida que nos acercábamos a él éramos testigos de una increíble diversidad de paisajes. Había mucho colorido en aquella visión, pero también un cierto halo de desolación la envolvía. Me bastó con mirar a su zona oscura para verificarlo. Había pocos focos de luces; sé por experiencia que eso no quiere decir que sean los únicos lugares habitados, pero sí que son los más destacables.

—Esto es un mundo muerto —exclamé.

—No, sargento Rex —dijo Spector—. La Luna era un mundo muerto. Aquí hubo mucha, muchísima vida. Aquí empezó todo para los suyos, y aunque se marcharon y lo dejaron atrás, numerosas huellas de su presencia permanecen.

El biplaza descendió y entró en la atmósfera del planeta. Una atmósfera rica en oxígeno. Aquello, lo sabía, era el hogar. A lo largo de mis incursiones en batalla he encontrado muchos mundos artificiales y paradisíacos hechos a la medida del hombre; comprendí que allí era distinto, pues fue el hombre el que estaba hecho a la medida de ese mundo.

Dejamos atrás la capa de nubes y sobrevolamos un enorme continente que luego resultó estar unido por su parte superior con otro igualmente grande. Perdí la escala continental y ya sólo pude fijarme en que atravesamos selvas y ruinas escondidas por la naturaleza hasta llegar a una costa desértica y desolada. Temiéndome lo peor, comprendí que habíamos llegado al final del trayecto.

Nada más salir del biplaza tuve una sensación extraña, pues la gravedad era la misma que en los cruceros. Era como si me encontrase en una habitación sin techo ni paredes.

—Se siente raro, ¿verdad? —dijo Spector—. Hay indicios bastante sólidos de que la gravedad estándar de los cruceros se calibró usando este planeta de referencia. Si se para a pensarlo, resulta lógico.

Hacía mucho calor, pero no era nada que no hubiera vivido antes. Spector, sin embargo, parecía acalorada. Pensé que no tenía más que desearlo y ese desierto podía ser como un hogar para ella, pero aun así aguantaba, se negaba a mostrar abiertamente que era un evo. Se quitó su obsoleta chaqueta y empezó a escudriñar el horizonte. Señaló una nube de polvo a lo lejos que no tardó en mostrar un vehículo de cuatro ruedas que caminaba por tierra en vez de deslizarse ingrávido.

—Se llaman «coches» —comentó Spector sin apartar la vista—. Aquí son muy comunes. Son unos vehículos bastante primitivos. Eran contaminantes, y además había que alterar el paisaje natural con unas vías que están por todas partes y que se llaman «carreteras». Ahora hay tan pocos que el hecho de que contaminen no importa mucho.

El coche se paró cuando estuvo a nuestra altura y se bajó de él un hombre vestido con un atuendo blanco que le cubría el cuerpo de arriba abajo. Había visto antes aquella manera de vestir en ciertos pueblos desérticos del planeta Sarsahala, algo que me sorprendió, pues a la hora de colonizar un planeta, si uno se encuentra con regiones hostiles, se limita a ignorarlas y establecerse en las más fértiles. Nunca comprendí qué instinto podían tener arraigado aquellas gentes para vivir en una región así.

Tal vez ante mis ojos tenía la respuesta.

El hombre comenzó a hablar en un idioma del que no comprendía ni una sola palabra. Spector se dio la vuelta y me miró con gesto gracioso.

—Perdone, no me había dado cuenta de que no lo entiende. Es terrano, una lengua que apareció cuando decidieron unificar las tres lenguas más habladas del planeta; inglés, español y chino. Es un idioma extraño y complejo, lleno de símbolos muy bellos pero poco prácticos, y actualmente sólo lo hablan los terrestres y algunos entendidos como yo. Dice que dejemos aquí el biplaza y subamos, que la excavación se encuentra tras aquella colina.

—¿Por qué no vamos directamente en el biplaza?

—El alboroto que forma al aterrizar podría ser perjudicial para la excavación.

—¿Sabe una cosa? No llevo aquí ni una hora y me siento como si estuviera dentro de una casa de cristal.

—Se le pasará esa sensación —dijo Spector medio ignorándome. Estaba ansiosa por ver la excavación, de modo que sin más dilación subimos a bordo de aquel aparato que traqueteaba como un repetidor bal

mal cargado. Por mi parte, el entusiasmo decrecía a cada momento. Era cierto que estaba experimentando un cambio en la horrible rutina que era mi vida de paria inútil, pero aquello no era lo que tenía en mente. Ardía en deseos de tener de nuevo la oportunidad de explorar, pero no como si estuviera en un cuarto lleno de explosivos, sino como sabía hacerlo, haciendo vuelos de reconocimiento, pasadas rasantes con mis hombres en lo que se lanzaban y se teleportaban al suelo para esconderse y preparar la maniobra. En vez de eso estaba atrapado en un infierno de millones de años de antigüedad carente de todo interés para mí.

Al menos, eso es lo que pensaba en el trayecto.

Cuando subimos la colina, encontramos al otro lado una ciudad en ruinas como no había visto ninguna antes. Hasta donde la vista alcanzaba todo era pavimento desgastado, y había cientos de aquellas carreteras, como las llamó Spector. Su disposición era cuadriculada, con independencia de los ascensos y descensos que encontrara en el camino. Algunos de los edificios estaban en pie, aunque seccionados con violencia con cortes oblicuos, como si un rayo soldador los hubiera partido en dos. Pero, si eran proporcionados al tamaño de su base, muchos de ellos debieron de poseer gran altura, más de la que hubiera imaginado para tratarse de un edificio terrestre. Asimismo había una gran sección cuadrada llena de vegetación. Los escombros dominaban el paisaje, aunque también había algunos de aquellos coches, oxidados y deteriorados. No tardé en darme cuenta, de un vistazo preliminar, que estábamos en una enorme isla.

El coche en el que viajábamos —más adelante descubrí que se llamaba «jeep»— entró en la ciudad y se detuvo cuando llegamos a la zona verde. Entrar en ella era, sin lugar a dudas, como un soplo de aire fresco, a pesar de lo silvestre e inhóspita que resultaba. Avanzamos por su interior a través de un camino trazado con cuerdas, siempre siguiendo al conductor del jeep, y acabamos frente a los que parecían dirigir la excavación, ataviados con prendas similares.

—Bienvenida, señorita Spector —dijo uno de ellos, y suspiré por el hecho de que pudiera entenderlos.

—La mayoría de los terrestres son bilingües, de modo que no tiene que preocuparse por el idioma —dijo en voz baja, y acto seguido se dirigió a quien le había hablado—. Gracias, Serulán Haif. Mi compañero es el sargento Goran Rex, de la Gran Fuerza Humana, y viene como representante de dicho ejército.

—Es un placer —me limité a decir.

—Supongo que desean observar la excavación —dijo el hombre sin más preámbulos. Había algo en él que no me gustaba. Como si nuestra presencia le incomodara, como si quisiera librarse de nosotros cuanto antes.

—Puede empezar enseñándonos esto —dijo Spector abriendo las manos en un gesto como de querer abarcarlo todo.

—Como deseen.

Comenzamos a andar por el lugar, el hombre el primero, nosotros a su lado y todo el séquito detrás. No nos quitaban la vista de encima ni un momento.

—Todo esto, como ya les habrá dicho la Gran Fuerza —comenzó el hombre— fue descubierto recientemente por uno de mis hombres mientras patrullaba el desierto. Se perdió y se desvió mucho al este. Guiándose por señales erróneas, acabó aquí. Sólo una mínima fracción estaba al descubierto, pero este jardín, que sí permanecía visible, bastó para que se diera cuenta de que había encontrado algo importante. Lo notificó y mandé a mis arqueólogos a que desenterraran el lugar.

—¿Arqueólogos? —pregunté—. Querrá decir xenoarqueólogos.

—Perdón, no le entiendo.

—Aquí, sargento Rex —medió Spector—, no conocen la xenoarqueología, pues los arqueólogos sólo se encargan de estudiar su propio mundo.

—Disculpe —dije turbado. El hombre me miró pensativo.

—No tiene importancia, es comprensible en un extranjero. No hemos tocado gran cosa, pero los indicios son claros. Tenemos un gran jardín cercano a un río, situado en una ciudad que debió ser cuna de la civilización de su época. Altos edificios lo rodean, pero lo más importante aún no lo han visto. No se preocupen, todo a su tiempo. Disfruten de este jardín que, como pueden ver, ha resistido muy bien el paso del tiempo. Aunque sus límites no están claros, hemos estimado que son de unos cuatro mil por ochocientos metros. Posee numerosos senderos y una fauna propia, incluyendo animales que no habíamos visto nunca por estos parajes. Hay gran cantidad de estatuas, como ésta. —Señaló a un monumento muy desgastado que representaba lo que parecía una chica y un gato—. No es por tanto aventurado suponer que hemos encontrado los Jardines Colgantes de Babilonia, y que esta ciudad es, por tanto, Babilonia misma.

Spector no dijo una sola palabra. El recuerdo de que era un evo reapareció.

—¿Qué opina usted? —preguntó el hombre frotándose las manos.

—Estamos hablando de una ciudad que existió en tiempos que ahora podríamos calificar como muy atrasados... tiempos de los que apenas nada sabemos, nombres y poco más.

—Pero los indicios son claros, ¿no lo cree?

—Sí, lo creo —dijo Spector ante la insistencia de su interlocutor. De repente se detuvo ante un enorme obelisco derruido y se quedó mirán-

dolo muy callada. Se acercó a comprobar si tenía inscripciones, pero el viento parecía haberlas borrado todas.

—Este monumento puede ser importante. Mucho.

—¿Por qué opina eso? —preguntó el hombre. Parecía nervioso.

—Es uno de los tres Obeliscos de Cleopatra. Se perdieron para siempre... o eso parecía. Creo, Serulán Haif, que está en lo cierto. Este obelisco parece corroborarlo.

—En tal caso, señorita Spector, debo suponer que tiene gran interés en conocer la ubicación de la Torre.

—¿La Torre? —pregunté—. Aquí hay muchas torres.

—Pero sólo una es la de Babel —dijo Spector avanzando a través del jardín, llegando a parecer que era ella la guía. Dejó que el Serulán Haif la adelantara y volvió a ponerse a mi altura.

—¿Qué torre es esa que es tan importante?

—Era una torre que, según cuenta la leyenda, hubiera llegado hasta el cielo, pero no pudo ser terminada al no entenderse los que la estaban construyendo, que hablaban distintos idiomas.

—Distintos idiomas en un mismo planeta... —dije para mí mismo.

—En la Tierra todo es posible, sargento Rex —se limitó a añadir Spector.

Y, sin embargo, había algo que no me encajaba en todo aquello. Algo que no acertábamos a ver. Tal vez por eso me había escogido la GFH, porque mi aparente falta de pasión me hacía más proclive a captar actitudes sospechosas como la del Serulán Haif. Me acerqué a él con sutileza en lo que Spector miraba las ruinas a su alrededor y examinaba los coches y las carreteras, deteniéndose a cada paso. Aun así, sé que me observó con esporádicos vistazos mientras hablaba con él.

—Dígame, Serulán Haif, comentó que su hombre estaba patrullando el desierto. ¿Es que hay alguna amenaza cercana, alguna guerra interna?

—No, en absoluto... —meditó un momento—, sargento. Lo único que ocurre es que éstos son lugares inhóspitos, y conviene tenerlos bien controlados. Tan inhóspitos, de hecho, que uno puede perderse con facilidad en ellos, incluso siendo un experimentado explorador.

—¿En qué vehículo patrullaba su hombre, señor?

—En un coche del desierto, «jeep» lo llaman los arqueólogos.

—¿Cómo llegó aquí?

—¿Qué quiere decir, sargento?

—No he podido evitar darme cuenta de que esto es una isla, ¿cómo llegó?

—Hay un puente a lo lejos, un puente de la propia ciudad.

Dudé. Podía ser cierto, pero si el estado del puente era similar al del resto de la ciudad, habría que estar muy loco para atravesarlo con un vehículo inestable.

—Aquí en el desierto, sargento, viajamos en jeep a todas partes —continuó. Tuve la impresión de que parecía más seguro de sí mismo.

Spector no tardó en acercarse.

—Dígame, Serulán Haif, ¿qué tal van las cosas por Cagor? ¿Cómo están los fieles?

—La comunidad se encuentra bien, señorita Spector. Debería verla algún día, no dudo que una mujer de su cultura sabrá apreciar su belleza.

—El Serulán Haif —dijo Spector dirigiéndose a mí— es el líder religioso en Cagor, una ciudad muy al oeste de nuestra posición, aunque ha tenido la amabilidad de estar aquí para recibirnos.

—¿Cuál es su religión, Serulán Haif? —pregunté tratando de ganarme su simpatía.

—Se trata del Catolislam, sargento.

—¿Son ustedes monoteístas?

—En efecto. El politeísmo en la Tierra es sólo propio de culturas bárbaras y retrasadas espiritualmente, y no tardó en extinguirse. El Catolislam, que existió desde el origen de los tiempos, acabó al fin por ganar el lugar que se merece, aunque los fieles son cada vez menores debido a la escasa demografía.

—Lo lamento, Serulán Haif —dijo Spector.

—No lo lamente. Esto es una prueba de fe. Habrá otros tiempos de grandeza, y los enemigos de Alá serán aplastados. Ya lo fueron cuando trajo a su único hijo, y volverá a serlo de nuevo. Permítame —dijo sacando un libro arcaico entre sus ropajes y ofreciéndomelo—. Es nuestro libro sagrado, el Bibliocorán. Está en su idioma, no se preocupe. Acéptelo como muestra de hospitalidad.

—Será un placer —dije guardándolo en un bolsillo del uniforme.

Finalmente, tras una considerable caminata, llegamos a lo que el Serulán Haif nos indicó eran las ruinas de la Torre de Babel.

—Éste es el lugar. Los cimientos son poderosos y firmes, y existen en dos estratos. Aquí hubo un edificio que luego se hundió, y sobre él se construyó otro que se hundió a su vez. Sin embargo...

—Los de su alrededor sólo se hundieron una vez, ¿no es así?

—Así es, señorita Spector, con la excepción de unos pocos. Creemos que es porque cuando la Torre cayó se los llevó consigo.

—Es posible, sí —murmuró Spector en lo que miraba a todas partes. Anduvo varios metros hasta encontrarse con los restos de una extraña cabina—. Un ascensor... finales del siglo veinte, si no me equivoco. En la época que se construyó la Torre de Babel aún no existían ascensores, ¿no es así?

—Lo ignoro, señorita Spector. No soy un experto en arquitectura clásica. ¿Cree usted que hayamos podido equivocarnos en algo?

El Serulán Haif era, en aquellos momentos, la viva imagen del desasosiego.

—No, no lo creo. Creo que, simplemente, se confunden los estilos. Es lo malo de cuando se edifica sobre unas ruinas.

—Hemos encontrado, también... muertos.

—¿Tumbas?

—No, en absoluto. Más bien parecían víctimas del derrumbe.

—Entiendo. Bien, el sol se está poniendo.

—Si me permiten, les invitaré a cenar en mi casa itinerante.

—Agradezco la invitación, Serulán Haif. Iremos gustosos, aunque no creo que coma mucho... el viaje me ha dejado indispuesta.

—Vengan por aquí, por favor —dijo nuestro anfitrión, acercándose a un jeep que estaba junto a los cimientos de la torre. Cuando subimos me fijé en Spector, que se había dado cuenta, como yo, de que el resto de los hombres estaban congregados en dirección hacia la costa, como si entre todos quisieran impedirnos la línea de visión directa con algo. Volví la cabeza y miré al Serulán Haif. Tal vez no fuera a disparar a nadie, pero tuve la sensación de que iba a tener que librar alguna que otra batalla.

Durante la cena toda tensión desapareció y un velado ambiente de concordia llenó la estancia, una amplia tienda que, pese a no poseer dispositivos electrónicos ni ser inteligente, parecía muy hospitalaria. Me llamó la atención una extraña costumbre que consistía en hacer chocar las copas entre sí para que hicieran ruido. Según contó el Serulán Haif aquella costumbre provenía de tiempos antiguos, cuando un pueblo del Continente Hundido, también llamado Europa, instauró la costumbre porque según ellos el oído era el único sentido que no disfrutaba al tomarse una bebida. Se contaron historias de guerras y pasiones, de países que surgieron para volver a caer, de imperios y de revoluciones. Spector, aunque conocía la mayor parte de ellas, escuchaba con interés. Como me había dicho, no comía ni bebía, cosa que resultó un poco desconcertante, sobre todo cuando las copas chocaron, pues todos los presentes siempre son partícipes de tal momento. Pero, ante su excusa de no encontrarse bien, pronto lo olvidaron y no sospecharon nada extraño.

Al acabar la cena nos habilitaron una tienda doble bastante lujosa, por lo menos en comparación a las que solía ocupar como sargento, y, en cuanto estuvimos solos, Spector me miró fijamente. Su rostro parecía expresar una gran incertidumbre.

—Tal vez me arrepienta de lo que voy a decirte, pero tengo la sensación de que puedo confiar en ti.

No dije nada. Sólo dejé que siguiera hablando.

—Has notado que nos ocultan algo, del mismo modo que lo he notado yo. Pero lo que nos ocultan no son hechos baladíes, ni mucho menos. ¿Recuerdas el obelisco que llamó mi atención en el parque?

—Lo recuerdo —me limité a decir, dando pie a que continuara.

—Dije que sólo existen tres en el mundo, las llamadas Agujas de Cleopatra, pero no están perdidos, ni mucho menos. Conozco su ubicación. Dos de ellos estaban en el Continente Hundido, y el tercero, éste que hemos visto, estaba en el Nuevomundo. Ya sólo con eso basta para dudar de la afirmación de que esto sea Babilonia, pues aunque poco se sabe de esa ciudad casi mitológica de la que incluso se duda su existencia, lo que es seguro es que no se encuentra en el Nuevomundo, sino en el Viejomundo.

—¿Cómo sabe que es ese obelisco y no ninguno de los otros dos?

—Con certeza no lo sé, pero el obelisco del Nuevomundo, según estudios, estaba ubicado como un monumento más dentro de un gran parque, llamado en la lengua inglesa Central Park.

—De modo que lo que nos han querido hacer pasar por los Jardines Colgantes es en realidad un parque llamado Central Park.

—Eso es, y esta isla no es Babilonia, pero no por ello es menos mítica: nos encontramos en lo que hace milenios se conoció como Manhattan, parte de la ciudad de Nueva York. Ante semejante observación, el resto encaja de manera lógica: el nerviosismo, la visita restringida y explicada, las supuestas ruinas de la Torre de Babel. Nada está en su contexto, ni los coches, ni las otras torres. De hecho no son torres, sino lo que se llamaban «rascacielos», edificios en muchas ocasiones habitables. Sin embargo, esta gente parece tener poderosos motivos para ocultarnos la verdad, de modo que será mejor seguirles la corriente. Así que, sargento Rex, creo que le he dado información más que suficiente para que elabore sus informes. Aunque permítame una pregunta: ¿le han dado directrices?

—¿A qué se refiere?

—¿Le han dicho cómo deben ser los informes?

—No lo considero necesario —argumenté.

—No deseo introducir la discordia en usted, pero creo que le han tomado de cabeza de turco. No soy muy querida por los grandes organismos, y creo que la Gran Fuerza Humana ya sabía que aquí algo estaba mal, así que, en mi opinión, han pensado que si lo resuelvo y se lo cuento, magnífico, y si no y no regreso, también.

—Ya me lo ha contado a mí.

—No le considero un espía, sargento Rex. Tengo la sensación de que le han utilizado del mismo modo que a mí... tal vez han estado utilizándole toda la vida.

—¿Quién cree que es para juzgarme así de repente?

—Nadie, no soy nadie. Pero veo su cuerpo biónico y veo a alguien con quien experimentaron técnicas médicas que podían haberle matado.

—Al menos no me hicieron lo mismo que los suyos.

—¿Los míos?

—Sí... los evos. Me capturaron y me torturaron hasta la agonía. Si me salvé fue por pura casualidad, no porque me soltaran.

—Lo lamento mucho, sargento. Sólo le pido que no considere a los míos culpables por los crímenes de guerra de su fuerza ofensiva, igual que yo trato de hacer lo mismo con la Gran Fuerza Humana.

—Dice que trata de hacerlo. Como si no lo consiguiera.

—A veces es duro —comentó de manera enigmática mientras se apartaba—. Debemos descansar para estar preparados. No estamos a salvo en este lugar.

Pero yo no descansé. Me quedé allí, con los ojos abiertos, mirando al techo agudo de la tienda. Alguna vez miraba hacia Spector, como si fuera a levantarse en cualquier momento, aprovechando que yo me quedaría dormido. Parecía dormir sin preocupaciones, como si estuviera en su propio planeta de origen, como si el extraterrestre fuera yo. Y sin embargo, a pesar de que se había sincerado, no me fiaba de ella del todo, de la misma manera que le pasaba a ella. Porque había una pregunta en la cabeza de ambos que no dejaba de aparecer: ¿qué querían impedirnos ver? ¿Qué había junto a las ruinas de la Torre de Babel que no era tal? Horas estuve, no pensando en ello, sino atrapado por la idea, elucubrando absurdas teorías, ya que no poseía conocimiento alguno de la materia. Y, de repente, cuando había pasado más de media noche y quise mirar hacia Spector, comprobé estupefacto que ya no estaba. Había estado despierto todo el rato, e incluso a veces me quedaba pensando mientras la miraba. Nadie podía escabullirse de tal forma.

Y al fin me maldije a mí mismo. Por olvidar, una vez más, que no por tener aspecto humano Susan Spector era uno de los nuestros.

Me levanté y me puse unos raros pantalones azules que encontré en la tienda y eran de mi talla —otra extravagante prenda de tiempos perdidos que luego supe se llamaban «vaqueros»— y, sobre la camiseta blanca, mi cazadora negra con el Distintivo. Con el mayor sigilo posible, salí al cielo nocturno. Dejándome llevar por instintos que por suerte la falta de experiencia no había atrofiado, encontré a mi presa, más ruidosa que yo. Su color de piel era mucho más oscuro, prácticamente negro, al igual que su pelo, hasta tal punto que resultaba ser un camuflaje perfecto en plena noche. Mientras dormía había evolucionado en dicho aspecto. Apenas cinco horas le habían bastado. El instructor siempre decía que los evos eran capaces de triplicar el número de brazos en menos de tres

días. Tengo la sensación de que aquel hombre estaba obsesionado con el potencial de los evos para convertirse en monstruos y sólo en parte tenía razón. Los evos contra los que luché no presentaban esos aspectos extravagantes, al menos no sin motivo —igual que estaba haciendo Spector—, y muchos de ellos simplemente adoptaban aspectos destinados a asemejarlos a otras razas conocidas, tal vez por falta de imaginación.

Pero los que me torturaron, esos sí que eran monstruos. En todos los sentidos.

Decidí seguir a Spector, sospechando que trataría de sobornar al Serulán Haif o incluso hacer un trato con él. Fuimos recorriendo, como era de esperar, el mismo camino que nos llevó a la ruinas de la falsa torre. Una vez allí, Spector se limitó a observar las ruinas y a mirar constantemente el brazalete. A veces oía cómo hablaba en voz baja a aquel objeto evo, pero no era capaz de escuchar lo que le decía. Su actitud no parecía evidenciar que fuera a dejar que la descubriesen. Al fin trató de hacer lo que tanto ella como yo deseábamos hacer: fue a la zona prohibida, la que querían ocultar. Por desgracia, nada más llegar, el juego se volvió en contra de Spector.

Se encendieron unos focos y la apuntaron, y su figura destacó como una polilla junto a un biofotón. El Serulán Haif estaba acompañado por sus hombres. Todos iban armados con aparatos extraños que parecían estar basados en lanzar objetos con gran cinética, pues tenían una especie de cilindro metálico en su extremo. Me oculté y esperé paciente, dejando transcurrir los acontecimientos.

—Buenas noches, señorita Spector, aunque ya supongo que no es ése su verdadero nombre.

—Es con el que me buscarán si nos pasa algo —respondió. El rostro del Serulán Haif era como una mueca vertical, la tibia expresión del fanático.

—Eso sólo depende de usted. Me temo que ha descubierto la verdad, pues de otro modo no estaría en estas ruinas cuya importancia nadie le ha dicho. Deberá considerarse una mártir de la causa, entonces.

—Escuche, está siendo utilizado por la Gran Fuerza Humana, como yo y como mi compañero. Yo lo sospechaba, pero no podía dejar de intentar hablar con usted. Si me han encargado venir a mí, es porque tenían la esperanza de que acabasen conmigo. Todo ha estado en mi contra desde el principio. Creo que incluso han elegido a mi compañero de manera que tuviera predisposiciones contra mí, pero esa parte de su plan parece haber fallado.

De repente, en mi escondite, recordé las órdenes que me dieron. No entrar en combate. Aquello, comprendí, equivalía a que ella muriera

debido a mi inacción. Si lo que Spector decía era lo que había ocurrido, entonces el plan estaba muy bien orquestado, porque en mi odio hacia los evos tal vez no matara a uno a sangre fría, pero sí que podía imaginarme observando, dejando que otro hiciera el trabajo, y luego elaborando un informe al respecto.

Habían exagerado la reputación de Spector. Ella misma me había dicho que no era muy querida. Todo con la idea de predisponerme en su contra.

Era la primera vez que contaban conmigo en años.

Aquella noche, agazapado en las sombras de un planeta perdido y carente de toda civilización, tomé una decisión que cambiaría mi futuro por completo. Y una vez la hube tomado, esperé a que las circunstancias fueran más propicias para llevarla a cabo.

—Si nos han usado de modo que nos benefician —dijo el hombre—, entonces no tenemos nada que objetar. Y aunque no fuera así, debe morir. Sabe la verdad, sabe que éstas no son las ruinas de la Torre de Babel, que no es una torre, sino dos. Que está ante las míticas Torres Gemelas. ¿Cómo se entero?

—Los restos de la fuente. Una fuente levantada para honrar la memoria de los que murieron en su derrumbe... sólo verlos fue prueba suficiente. Eran difíciles de reconocer, pero he estado tan obsesionada tratando de encontrar la Zona Cero, el lugar donde las Torres Gemelas se ubicaron, que los hubiera reconocido con los ojos vendados.

—De modo que comprende por qué debe morir.

—Serulán Haif, conozco la leyenda de las Torres Gemelas. Sé que se cuenta que se estrelló uno de aquellos aparatos voladores... uno de aquellos aviones contra ellas.

—Dos, para ser exacto —puntualizó el Serulán Haif—. Y la Tierra al completo se estremeció de miedo, y hubo caos.

—Sin embargo, ha sido su oposición la que me ha dado la última pista. Fueron islamistas, ¿verdad? Ese acontecimiento, el hecho de que unos islamistas estrellaran un avión contra el viejo imperio americano, que según la leyenda eran en su mayoría católicos, es la prueba de que los religiones en las que se cimenta la suya, no sólo no se comprendían, sino que se odiaban.

—Sí, hereje, ésa es la prueba, es lo que hemos estado siglos tratando de ocultar —dijo mientras se acercaba a ella—, y ahora has venido tú, que ni siquiera eres originaria de este mundo, a destruir la base de nuestras creencias, sólo para garantizar tu gloria personal.

—La arqueología no juzga, sólo busca la verdad.

—Tú no eres nadie para hablar de verdades —dijo el Serulán Haif, golpeándola con la parte trasera de su arma. Aquel era el momento de actuar.

Me incorporé de mi escondite y antes de que los sicarios del Serulán Haif pudieran reaccionar, les disparé una andanada de tranquilizantes con el brazo biónico. Salté para esquivar sus disparos, cosa que les sorprendió mucho, y lancé una red de energía sobre el resto. Ya sólo quedaba el Serulán Haif. Agarré su arma, le miré a los ojos y la partí en dos, astillándose con un horrendo chasquido. Ayudé a incorporarse a Spector, aún débil, y la cogí con ambos brazos.

—Veamos si es capaz de defender su fe con las palabras tan bien como con la violencia —dije mientras le daba la espalda.

Salí corriendo aún con Spector en brazos y en cuanto encontré uno de aquellos jeeps, la subí y me coloqué sobre el asiento del piloto. Si bien aquello no era como pilotar una nave, tras unos pocos intentos me quedé con la idea básica de que consistía en un sencillo juego de pedales y giro de una rueda. Imagino que, si hubiera conducido aquella cosa por una carretera de una ciudad del siglo veinte, nos hubiéramos estrellado al momento. Pero, como no había apenas obstáculos y todo el terreno era para nosotros, aunque el camino no fue una línea recta, acabamos llegando a las inmediaciones del biplaza. Spector pudo bajar por su propio pie, de modo que subió al aparato y se limitó a ponerlo en marcha, alejándose lo suficiente como para tener la certeza de que no nos seguirían y así poder tomar un descanso, pues tras el golpe que acababa de recibir no estaba en condiciones de continuar conduciendo.

—Supongo... —dijo con dificultad— supongo que querrás que regresemos para que informes de todo lo ocurrido.

—He desobedecido una orden directa —dije con templanza—, y me siento mejor que nunca. Tenías razón. Me han estado usando todo este tiempo, pero no sé qué hacer. No conozco otra cosa que la GFH.

—Ahora que sé que la GFH quiere matarme, la Tierra es un lugar seguro para mí, pues aquí no tienen jurisdicción. Quédate conmigo. Ayúdame.

—¿Ayudarte?

—Las Torres Gemelas son sólo una de las siete maravillas del tercer milenio. Toda mi vida he tratado de llegar a la Tierra para buscar las demás, antes incluso de la guerra evohumana.

—Pero ¿por qué? —pregunté agitando los brazos—. Eres un evo, ¿qué te importa nuestra historia, nuestras leyendas?

—Te dije que creo que somos muy parecidos. Creo que si os entiendo a vosotros, si ayudo a descubrir el pasado de vuestra raza, estaré descubriendo el pasado de la mía. Hasta donde la memoria me alcanza, los evos y los humanos nos hemos odiado. Ese odio no puede ser gratuito. Debe parar.

Spector se incorporó, en mejor estado, y tomó de nuevo los mandos de la nave, suspendida en el aire, a salvo de todo ataque por tierra.

—Sin embargo, no podremos probar lo que sabemos, ni siquiera podemos contarlo...

—Si no lo contamos ahora, será más tarde; la xenoarqueología enseña a ser paciente. En cuanto a lo de probarlo...

Metió la mano negruzca en el bolsillo y sacó un fragmento de piedra brillante y marrón en el que estaba lacrada una K mayúscula y dorada.

—Es un trozo de la fuente que decía el Serulán Haif. Lo cogí del suelo cuando me golpeó. En realidad él está equivocado. Las Torres Gemelas, tal vez por su carácter simbólico, generaron mucho odio, y no fue la primera vez que se intentó destruirlas. Esta piedra pertenece a una fuente que conmemoraba a los que murieron en una ocasión anterior. Siempre según los escritos, la destrucción definitiva de las Torres destruyó la fuente también y sólo quedó un fragmento que se perdió en el tiempo. Este es otro fragmento, y puede probar nuestras palabras. Es por eso que debemos guardarlo en un lugar seguro, a la espera del momento en que deba salir a la luz. Si lo hiciéramos ahora, la Gran Fuerza Humana sumaría dos y dos.

—¿Qué haría? —dije sin entender.

—Lo deduciría todo. Es una antigua expresión terrestre.

—Dime otras expresiones terrestres —solicité mientras miraba al inmenso océano que estaba sobre nosotros.

—¿Eso quiere decir que aceptas mi oferta?

No respondí. No hacía falta hacerlo.

Miré a la calmada extensión azul y traté de reflexionar sobre mi futuro. Había traicionado a la GFH. Había perdido toda oportunidad de volver a ser un soldado de élite. Había deshonrado mi uniforme.

Y sin embargo, todo estaba bien. Todo estaba en orden.